

Historia de una casa...

Esta casa de la calle Estados Unidos 2483 fue el hogar de un matrimonio de inmigrantes de Italia, Ludovico Marani y Luisa Zucchini, que vinieron a habitarla en la década del 50 del siglo pasado, junto a su hijo Jorge. Habían sido chacareros en Francisco Madero, partido de Pehuajó, donde se asentaron sus familias al llegar de Europa.

Gente de mano tendida como era la costumbre en sus comunidades de origen, donde siempre se hacía un lugar en la mesa al que se allegaba, en esta casa alojaron a cualquier “paisano” que venía del campo para una gestión en la gran ciudad. Y con el tiempo a cada cual que necesitara un lugar, como hicieron con Mercedes Sosa, Oscar Matus y su hijo Fabián. Cuando la historia recién comenzaba.

Ella misma lo recuerda en su autobiografía escrita junto a Rodolfo Braceli (Mercedes Sosa, La Negra). A la vuelta de una gira por Uruguay en los comienzos del Movimiento del Nuevo Cancionero. “Poco después una cuñada de Tejada Gómez, nos prestó un departamentito en la calle Estados Unidos y Alberti. Hicimos venir a mis padres, pero de a uno, porque no entraban de tan chico el departamento”.

Mi mamá, Gloriana Zucchini, hermana menor de Luisa, se había casado con mi papá Armando Tejada Gómez y ya en su casa de Luzuriaga, en Maipú, Mendoza, habían alojado a Mercedes y a Oscar, antes de que vinieran a Buenos Aires.

Desde entonces, esta casa fue un lugar acogedor para escritores, artistas plásticos, músicos, que venían del interior para presentar su obra, amigos de Armando Tejada Gómez, que, aun ya fallecido el tío Ludovico, la tía Luisa y mi primo Jorge acogían con su proverbial generosidad. Y también, claro, a los compañeros que venían a Buenos Aires para sumarse a Asambleas de sus gremios, porque los tíos habían sido luchadores agrarios que nunca olvidaron sus raíces.

En su libro Ahí va Lucas Romero, que retrata la vida de un sindicalista, mi papá lo referencia en su dedicatoria “A la memoria de Aniceto Soria, Ludovico Marani y de nuestros abuelos, campesinos de greda y horizonte”.

En esta casa se hacían las reuniones familiares de fin de año. Los ocho hermanos Zucchini con sus respectivas familias, una “multitud” rumorosa y amorosa, alrededor de una mesa enorme a la que sumaban tableros, bajo la luz de dos arañas llenas de caires iridiscentes que a mí me fascinaban. Un estrépito de voces, risas, anécdotas de otros tiempos.

Mi papá lo reflejó en un poema:

Feliz Navidad

Amo,
como el que más,
mientras cruzo la vida,
el decoro apacible
de las grandes familias
cuando ponen la mesa festival de diciembre
y suena a cancionero el pan de la alegría.

Amo,
sin vuelta de hoja,
la ternura del día,
la sal, el noble vino,
la abundante comida
y tengo a esa hora coral cierta evidencia,
cierta noción de júbilo de raíz en sí misma.
Has estado en diciembre como en un campanario
compartiendo el decoro y el pan de las familias?
Salud, hermano lejos, mientras cruzas la vida!

Y sí, esta casa fue ese campanario.

Detalle simpático... los almuerzos del 25 de diciembre y el 1° de enero, en esta casa y con toda la parentela de la noche anterior que volvía, era cappelletti in brodo... con 30° C de calor! Tengo para mí que las tías ni debían acostarse la noche anterior para amasar y preparar todo. ¡La herencia italiana las podía!

Mi tía Luisa y mi primo Jorge eran ávidos lectores y amantes de la música. El primo Jorge había estudiado piano y en su momento hubo un piano vertical en este comedor según me contaron. Hasta que a la tía le pareció que esa inclinación conspiraba para una vida “provechosa” y el piano se vendió... Jorge fue durante un tiempo el “chofer” de mi papá para sus actuaciones y las de sus compañeros, cuando mi papá todavía no sabía conducir. Tenía una anécdota que lo

apenaba mucho de cuando una vez le cerró la puerta del auto, sin querer, en la mano a Víctor Heredia. ¡Que tenía que actuar!

En fin, hubo música y poesía entre estas paredes y compromiso y sueños. Como ahora. Que vuelve a cobijar a artistas. Creo que ese es su destino. Y lo celebro. Una como justicia poética que me hace muy feliz. Estas paredes guardan voces de entonces. Una Mercedes Sosa que todavía no sabía cuál era su destino. Un Armando Tejada Gómez jubiloso con su poesía y sus canciones.

Los tíos campesinos, el primo amante de la poesía y la música, que abrieron estas puertas a los creadores no lo hubieran soñado mejor.

Me llenó de emoción el dato de Tere, como nieta de Rómulo Lagos y ahora propietaria de la casa. Tanto Rómulo Lagos, como Alicia Lagos están muy cercanos a mi corazón. Por historia y por amor. El aporte de Editorial Lagos a lo mejor de la música popular y su difusión es histórico. Hay entonces una conexión, que aunque no sabía hace más impactante que estén ahora en esta casa.

Pienso que quizás, al entrar por primera vez, habrán sentido que esta casa los abrazaba. Si fue así, estos recuerdos, entonces, les den la razón.

Con mucho cariño, para Eduardo y Tere

Gloriana Tejada